

LA CARTA DEL KREMLIN



noel behn

Annotation

Varios de espías son enviados a Moscú para recuperar la carta del título, que contiene importante información sobre las acciones de China para hacerse con la bomba atómica. Ward es el cabecilla veterano que dirigirá a varios individuos, entre los que se encuentran Charles Rone, un oficial políglota con gran memoria fotográfica, un hombre apodado Highwayman, y B.A., una habilidosa mujer especializada en abrir cajas fuertes.

NOEL BEHN

La carta del Kremlin

Traducción de Ramón Hernández

Plaza & Janés

Sinopsis

Varios de espías son enviados a Moscú para recuperar la carta del título, que contiene importante información sobre las acciones de China para hacerse con la bomba atómica. Ward es el cabecilla veterano que dirigirá a varios individuos, entre los que se encuentran Charles Rone, un oficial políglota con gran memoria fotográfica, un hombre apodado Highwayman, y B.A., una habilidosa mujer especializada en abrir cajas fuertes.

Título Original: *The Kremlin letter*

Traductor: Hernández, Ramón

Autor: Behn, Noel

©1970, Plaza & Janés

ISBN: 9788401435126

Generado con: QualityEbook v0.87

Generado por: Silicon, 27/03/2019

Noel Behn

La carta del Kremlin

TÍTULO del original inglés, The Kremlin letter

Traducción, Ramón Hernández

Plaza & Janés

ISBN 13: 9788401435126

PROLOGO

El, pimentero se rompió

EL CORONEL VLADIMIR Ilyich Kosnov avanzó en silencio por el pasillo de la cárcel y entró en la celda número 108. Los dos hombres situados ante el camastro, uniformados de verde, se apartaron a un lado para que el coronel pudiera examinar el cadáver. Polakov yacía de cara al techo, con los ojos muy abiertos. Tenía el puño izquierdo en la boca.

—Lo he vigilado constantemente, camarada coronel, minuto por minuto. Lo he vigilado por la mirilla —explicó el carcelero, nerviosamente, en posición de firmes, las manos pegadas a las costuras ribeteadas de rojo de sus pantalones.

—Conozco a estos hombres —intervino el comandante de la prisión—. Todos son de confianza. Si dice que ha vigilado al prisionero minuto por minuto, puede estar seguro de que lo ha hecho.

Se hubiera dicho que el coronel Kosnov ni les oía. Agachándose, retiró la mano del muerto de sus labios. Retuvo los dedos de Polakov entre los suyos y los examinó. La uña del pulgar aparecía totalmente roída y agrietada como un trozo de plástico. Bajando la cabeza, el coronel olisqueó el pulgar del difunto. Y percibió un ligero olor a almendras.

—No pudo haber ocultado ningún veneno en su cuerpo —dijo el comandante—. Lo registramos escrupulosamente. No pudo suicidarse. Le hubiera sido imposible.

Kosnov, impasible, miró al comandante.

—Entonces, debo concluir de ello que sigue con vida —dijo.

El comandante suspiró y miró el cadáver, como si las palabras del coronel pudieran devolverle milagrosamente la vida.

Kosnov lanzó una última mirada a Polakov. Le pareció adivinar una leve sonrisa en los labios del muerto. Sin poder evitarlo, le devolvió la sonrisa. Luego, dando media vuelta, salió de la celda. El carcelero y el comandante le siguieron. Al llegar al extremo del corredor, cruzó con paso rápido la puerta de acero y la cerró de golpe en las mismas narices de los dos hombres que le seguían, antes de subir al piso superior, donde su ayudante le esperaba frente otra celda.

—¿Cómo están, Grodin? —preguntó el coronel.

—Muy bien —contestó el teniente.

Kosnov espió por la mirilla. La joven esposa de Polakov dormía. En la celda contigua, la madre y la hermana del muerto estaban sentadas en el suelo, los ojos cerrados, cogidas de la mano. Kosnov volvió a echar una ojeada al rostro de la esposa, sumida en profundo sueño. Era realmente adorable. «Debería haberme casado», pensó.

Incorporándose, el coronel señaló la celda donde las dos mujeres de más edad dormitaban.

—Liquídalas —ordenó.

Después, despidiendo al teniente, abrió la puerta de la celda de la viuda y entró.

Cinco horas más tarde, Tío Morris enviaba un telegrama a Dulce Alice. Empezaba así:

EL PIMENTERO SE ROMPIÓ

PRIMERA SECCIÓN

1

El desertor

EL TENIENTE comandante Charles Rone, de la Marina de Estados Unidos, director regional de la Oficina de Información Naval, se despertó a las seis en punto de la mañana, se cepilló los dientes y realizó sus ejercicios de las Reales Fuerzas Aéreas Canadienses en cuatro minutos y veintiocho segundos. Se afeitó, se duchó y empezó a vestirse frente al espejo. Al plancharle los pantalones, habían desplazado ligeramente la raya. Se puso otro uniforme, se anudó la corbata con esmero, se abrochó la chaqueta y se dio brillo a los zapatos con el cepillo eléctrico. Cogió su cartera de mano, se puso su ejemplar del *Wall Street Journal* debajo del brazo, y se dirigió hacia el Imperio de Oficiales.

Dio buena cuenta de medio racimo de uvas, dos huevos pasados por agua y una tostada, antes de servirse la tercera taza de café, doblar meticulosamente el periódico por la página de las cotizaciones de Bolsa, exhalar un profundo suspiro y empezar a leer.

Estaba echando las cuentas de sus pérdidas cuando la puerta se abrió bruscamente. No tuvo que levantar los ojos para reconocer la voz agria del capitán Felson.

—¡Rone! El avión está esperando. ¿Dónde diablos tiene sus cosas?

—¿Qué avión? ¿Qué cosas?

—El hidroavión. Su ropa de civil. El maletín. Todo. ¿Dónde están?

—En mi habitación. ¿Dónde, si no?

—No se quede ahí sentado. Vaya a recogerlo todo.

—¿Por qué?

—Pregúnteselo al almirante.

Sentado detrás de una larga mesa de roble desprovista de todo carácter, el almirante vio acercarse a Rone. No se tomó la molestia de corresponder al saludo de éste, antes bien se limitó a decir, en tono oficial e irritado:

—Teniente comandante Charles E. Rone, queda usted informado de que a partir de las catorce horas de hoy, día 10 de octubre, dejará usted de encontrarse bajo la jurisdicción del Departamento de la Armada.

—¿Qué dice usted, señor? —dijo Rone, sin dar crédito a sus oídos.

—También queda informado —continuó el almirante— de que, a partir de las catorce horas del día de hoy, 10 de octubre, su grado de oficial de la Armada de Estados Unidos queda en suspenso, y que, en concurrencia con dicha suspensión, todos los derechos y beneficios de que gozó en el pasado o debía gozar en el futuro como oficial de la Base Naval o como miembro de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos serán revocados y cancelados para siempre..., aunque sospecho que todo ello le importa un comino.

—Pero, señor... —empezó a decir Rone.

—Y no deberá usted volver a dirigirse a mí empleando el término de «señor».

—Pero... yo prefiero llamarle «señor».

—Y yo prefiero que no lo haga.

—¿Y con qué autoridad he sido destituido? —preguntó Rone.

—Con la debida y adecuada autoridad —contestó el almirante.

—Apelando al Código de Justicia Militar, exijo que se me informe exactamente de las circunstancias en que ha sido dada esta orden. Que yo sepa, ningún oficial puede ser destituido sin su consentimiento o sin ser informado de las razones de tal destitución.

—Estoy seguro de que sus-nuevos amigos de Washington podrán explicárselo.

—¿Qué nuevos amigos?

—Rone —dijo el almirante, ignorando su pregunta—, supongo que, en nuestros días, a su manera de comportarse se le llama capacidad de iniciativa. Supongo, también, que hay que felicitar a las personas que consiguen lo que desean, sin tener en cuenta al procedimiento o el precio que tienen que pagar por ello. Pero yo soy muy anticuado, y califico lo que usted hizo de simple y clara insubordinación. No, existe una palabra mejor para expresarlo, una palabra que sus colegas de otro tiempo solían emplear: defección.

—Pero... yo no he desertado ni he cometido ninguna acción indigna.

—No conozco otra palabra para designar una falta de fidelidad —replicó el almirante—, y, en este caso, tuvo usted que ser infiel por doble partida: infiel a la Base Naval, de una parte, y a su propia organización de información, por otra. Muchos oficiales del Ejército y la Marina lamentan profundamente que fueran creados el CIC o el ONI. Al parecer, consideran que el personal de los servicios de información se siente más fiel para con sus propias organizaciones que para con el Ejército o la Armada. Pero usted, mister Rone, les ha demostrado algo más: que un buen oficial de los servicios de información, ni siquiera es fiel a los suyos. ¿Por qué no usa ya la ropa de civil?

—Nadie me dijo que debía cambiarme.

—Sólo los oficiales de la Marina de Estados Unidos tienen derecho a usar este uniforme. Según la leyenda, en otros tiempos, hasta hubo hombres que murieron por él.

Cuando se haya cambiado, mi coche le conducirá al aeropuerto, como suele hacerse en estos casos. He terminado, mister Rone.

Un joven delgado y silencioso, que lucía el uniforme de los «Brooks Brothers», apareció detrás de Rone mientras éste esperaba que le devolvieran su equipaje, en el aeropuerto de Washington.

—Mister Rone —susurró—, tenga la bondad de seguirme.

—Todavía no han bajado mi maleta —contestó el interpelado.

—Ya está en el coche.

El joven condujo a Rone, rápidamente, entre la multitud hasta un coche donde esperaban otros dos jóvenes muy parecidos a él.

—Llega usted tarde —dijo uno de ellos, mientras el coche emprendía la marcha hacia la ciudad.

—El avión llevaba retraso —replicó Rone. —Acaso perdamos el tren.

—El tren esperará —dijo el que conducía, con firmeza. El coche dobló una esquina y se lanzó por el puente de Chesapeake.

—¿Adónde vamos? —preguntó Rone.

—A la estación.

—¿Puede explicarme alguno de ustedes cómo pudieron conseguir mi «dimisión» sin mi consentimiento?

—Pregúnteselo al hombre del tren.

Los tres jóvenes hicieron avanzar rápidamente a Rone por el pasillo del tren.

—Entre aquí —dijo uno de ellos señalando la puerta entornada de un compartimiento.

El terceto continuó avanzando hasta el vagón siguiente, llevándose la maleta de Rone.

En el centro del compartimiento se hallaba de pie un hombre bajo, de tez tostada por el sol. Vestía pantalón ver-

de oscuro y una camisa deportiva de estilo hawaiano, de cuello abierto.

—Llega muy tarde, mister Rone —dijo el desconocido.

—El avión llevaba retraso.

—Pues debió coger el anterior.

—Me embarcaron en éste.

—Entonces, la culpa es del almirante. —El hombre se acercó a la ventanilla y se sentó.— El almirante tendrá que responder por ello. En estos asuntos, siempre tiene que responder alguien.

Rone continuaba de pie.

—¿En virtud de qué autoridad he sido destituido? —preguntó.

—Puede usted volver a su cargo de oficial, si lo desea. Rone no contestó.

—A usted le corresponde decidir —continuó el hombre—. Sin embargo, después de haber leído su historial, tengo la impresión de que mis clientes pueden ofrecerle algo más interesante.

—¿Por ejemplo?

—Dinero.

—¿Para hacer qué?

—Para hacer la segunda de las cosas por las cuales, según su historial, se parece usted: vivir peligrosamente —dijo el hombre, sonriendo.

—No le veo la gracia —dijo Rone, con firmeza.

—¿Qué le parecen ciento veinticinco mil dólares? Y, además, libres de impuestos. Y es sólo un pago a cuenta. Sí le seleccionan a usted, la cantidad puede aumentar.

—¿Si me seleccionan?

—Mi gente tendrá que ver si sirve usted. Pero, tanto si le emplean como si no, percibirá como mínimo ciento veinticinco mil dólares.

—Y el máximo ¿cuál es?

—Por los menos, otros ciento veinticinco mil dólares... si sobrevive. Bajo ciertas condiciones, puede ser el doble o

el triple de esto.

—¿Y qué es lo que tengo que hacer a cambio? —preguntó Rone.

—En primer lugar, renunciar a su cargo en la Armada —respondió el hombre, fríamente.

—¿Y después?

—Después, yo le diré lo que le reservamos.

—¿Quiere decir después de haber accedido a hacerlo?

—Vamos, comandante. En principio, habíamos pensado pedirle que renunciara a su nacionalidad, además.

—No accedo.

—Lo que usted diga —dijo el hombre, tranquilamente—. El tren se detendrá dentro de diez minutos. Usted puede apearse y recobrar la condición de oficial de Marina. Le han dicho algo acerca de la cuarentena, supongo.

—¿Qué cuarentena?

—Le detendrán por seis meses, como mínimo.

—¿Por qué? —preguntó Rone, con indignación.

—Bueno, por este contacto, desde luego. En esta clase de asuntos, las precauciones nunca son excesivas.

Rone quedó mirando al hombre, con el ceño fruncido.

—Probablemente, su decisión será la más prudente. En esta clase de proyectos siempre se corren riesgos. Estará usted más a salvo en la Marina.

Rone, de pie junto a la puerta, sintió que enrojecía.

—Muy bien —se oyó decir a sí mismo—. ¿Cuándo empiezo?

—Lea esto.

El hombre señaló una carpeta de papel manila que estaba encima del asiento. Después, bostezó y se quitó las gafas de sol.

—¿Tengo que leerlo de pie o puedo sentarme? —preguntó Rone.

—Puede usted leerlo cabeza para abajo, si le parece mejor —contestó el hombre con indiferencia—. El caso es que lo lea.

Se volvió y miró a través de la ventana.

Rone se sentó y echó una ojeada al sobre. En su exterior aparecía esta inscripción: «El Forajido.»

—Ya lo he leído —dijo.

—¿Qué ha leído? —preguntó el hombre, sin apartar los ojos de la ventana.

—«El Forajido» —contestó Rone—. El camino era una cinta de luz de luna sobre el pantano púrpura, y el Forajido llegó cabalgando, cabalgando, cabalgando... El Forajido llegó cabalgando, basta la puerta de la vieja posada —citó, de memoria.

El hombre se volvió lentamente hacia Rone. Tenía un rostro cuadrado, muy bronceado, de nariz aquilina. Llevaba el pelo —blanco, de plata— cortado en cepillo. Tenía los ojos verdes, de un verde glacial. Estudió a Rone un instante, y, después, se volvió de nuevo hacia la ventana.

Rone abrió la carpeta y miró dos mensajes escritos en teletipo pegados en una hoja de papel. Parecían telegramas, pero no podía asegurar que lo fueran, porque todos los márgenes habían sido cuidadosamente recortados para eliminar cualquier indicio que permitiera su identificación. Además, la dirección que figuraba en el ángulo superior izquierdo de cada mensaje había sido tapada con una etiqueta de identificación en la que constaba, escrito a máquina, el tema del mensaje, el remitente, el destinatario y el número de archivo. Empezó a leer:

DOCUMENTO: 1 FECHA: 18 SEPTIEMBRE

TEMA: PIMENTEROS

A: DULCE ALICE

DE: TÍO MORRIS

EL PIMENTERO SE ROMPIÓ. LA ALACENA

ESTA VACÍA. ¿QUE TIENE LA A & P EN